

## NO TODO ES LO QUE PARECE. O un cuentico desde el barrio Brasil

La historia se inicia el día en que Luís Antonio Onzaín, margariteño e hijo de inmigrantes gallegos, recibe un correo electrónico cifrado con las claves utilizadas por la célula comunista donde milita desde 1964, en la época de la clandestinidad; lo firma “el kamarada indomable”, seudónimo utilizado por su viejo amigo Ubencio Sucre, del cual no tiene noticias en casi cuarenta años.

Este personaje, quien desde los primeros años de su adolescencia, decide que no hay nada más importante por lo cual vivir, y morir si fuese necesario, que la lucha por transformar la sociedad y humanizarla, recorre un largo y arriesgado camino donde conoce la hermandad, la amistad sincera, la alegría; pero también la tristeza, la traición y las tragedias, aparentemente provocadas por las diferencias políticas.

A través de la vida de Luís Antonio se aprecia una parte de lo que ha sido la historia de Venezuela en los últimos 40 años; la historia contada desde este lado de la acera, del lado de los combatientes por un mundo mejor.

Atento a lo que ha sido una constante en su vida de revolucionario: ser disciplinado y priorizar los objetivos, decide llamar por teléfono a su hermano Francisco José para suspender la visita que ha venido realizando diariamente a su madre, durante los últimos 7 años. Doña Emilia Avendaño, viuda de Onzaín, acaba de regresar a casa de Francisco José, después de pasar los últimos seis (6) meses en el hogar de su hijo menor, Luís Emilio. Todos respetan el compromiso familiar asumido el día cuando Luís Antonio, junto a sus dos (2) hermanos menores regaron las cenizas del viejo guardia civil de la policía franquista, Don Francisco Onzaín, en la bahía de Guaraguao.

La escena se desarrolla en la vieja casa comprada por Don Francisco en 1948, después de alquilarla a su llegada a la Isla de Margarita dos años atrás. Se trata de una vivienda ubicada en el cruce de las calles Zamora y Fajardo, en El Brasil, barrio enclavado en la Bahía de Guaraguao, de la marinera ciudad de Porlamar.

Desde el primer día de su llegada a la isla, Don Francisco entiende que no existe en el mundo, un mejor lugar para compartir con su adorada Emilia y con el fruto de ese amor que viene en camino.

El barrio Brasil, es una comunidad conformada por algunas familias descendientes de los aborígenes “guaiqueríes” y otras provenientes de la vecina Isla de Coche, las cuales extrañamente no faenan la pesca como actividad principal; a diferencia de las de Guaraguao, barrio del cual los separa y une la desembocadura del río de El Valle.

En aquella época el barrio lo conforman no más de 50 casas, contando la panadería de Víctor León y la carpintería de Juancho Marval. Sus habitantes son panaderos, zapateros, carpinteros, bodegueros, buzos y algunos trabajan en una actividad comercial que da grandes beneficios: el contrabando.

Gente humilde pero laboriosa, con la visión de sembrar la semilla del estudio en sus descendientes. De las siguientes generaciones han de salir ingenieros, economistas, sociólogos, educadores, abogados y periodistas. No cumplir con esa meta anhelada por su padre, aleja a Luís Antonio, durante muchos años del corazón de Don Francisco.

El 11 de septiembre de ese año 48, Don Francisco llama a Don Antonio Gómez y acuerda con él, la compra de la vivienda por 500 Bs., precio considerado alto para la época, pero que Don Francisco acepta con la condición de irlo pagando a razón de Un Fuerte (5 Bs.) semanal.

Cuando Don Antonio se marcha, Don Francisco agarra la hamaca que Emilia acaba de tejer la noche anterior, y camina satisfecho hacia el patio de su casa; la guinda, entre la mata de limón y la de guayaba, y pasando la mano por el vientre abultado de la mujer a su lado, le dice: “Un día en esta hamaca se acostará el Dr. Luís Antonio Onzaín Avendaño, abogado de la república.

58 años después, recostado en la ahora descolorida hamaca, Luís Antonio relee una vez más el mensaje. Sólo otras siete personas conocen todos los códigos: “el indio” Rafael Rodríguez y su inseparable “monito” Daniel Carreño, “el negro” Orlando González; Pedro “el loco” Ramírez; “leche fría”, de quien nunca pudieron averiguar el nombre, el antes “gordo” y ahora “sapo” Miguel Rey y Ubencio Sucre, “el kamarada indomable”.

La mente vuela al pasado, al día del primer encuentro con Ubencio, en el solar donde Kalimán, el más peleador de todos los peleadores del barrio, amarra a Marisela, su dócil burrita. Llegan por distintos senderos, sin conocerse, pero con un mismo propósito. Después de sorprenderse ambos, y ante la inminencia de la llegada de Kalimán quien duerme en la casa de al lado, previo sorteo, deciden ejecutar la acción que los convoca al sitio.

Luís Antonio sonrío al recordar todavía los poderosos brazos de Kalimán alrededor del cuello de Ubencio, al sorprenderlo en plena actividad, y como logró liberarse, gracias a una certera pedrada en la cabeza que él le lanzó desde donde se hallaba escondido, al sentir la llegada del temible dueño de la complaciente Marisela.

Ahora ríe, recordando que Kalimán todavía pregunta por Ubencio y mostrando la cicatriz jura que algún día lo encontrará para que diga quien le dio la pedrada. Aquel secreto se

convierte en la esencia de una hermandad que dura 5 años, y los lleva a recorrer el camino de la adolescencia entre juegos, jodas, y activismo político.

Fiel al compromiso de todos los componente de la célula, donde nadie oculta información que involucre a los otros; convoca para las 3 de la tarde a una reunión en el patio de su casa, lugar donde acostumbran a reunirse desde que abandonaron la clandestinidad; luego que su madre y hermanos deciden cedérsela para que la habitara, pues según el deseo de su padre nunca se venderá, para que siempre exista un Onzaín en El Brasil.

15 minutos antes de la hora convenida, se encuentran en el patio de la vivienda todos los convocados. Allí están: “el indio”, meciéndose en la mecedora de Doña Emilia. “el negro”, como siempre sentado en cunclillas delante del gallinero. Daniel Carreño, con su vieja costumbre de voltear la silla de cuero e´ chivo antes de sentarse y “el loco”, en el piso jugando con su cuchillo.

Ocho años antes, en diciembre de 1998, decidieron mantener las operaciones de la célula como si aún estuviesen en la clandestinidad, luego de constatar la presencia del “sapo” Miguel Rey, al lado del futuro presidente. Fue en esa reunión, y estando todos en las mismas posiciones que ahora, cuando El Negro había hecho un reporte de batalla: “Dos bajas, uno por loco y otro por sapo, y un desaparecido en acción”.

Todas las miradas se dirigen hacia la hamaca donde está sentado Luís Antonio, pues se trata de la primera reunión extraordinaria en muchos años, y por primera vez en más de 40 años, no es convocada por El Indio. Luís Antonio muestra el mensaje, uno a uno lo leen atentamente, todos coinciden en que “debe ser otra vaina del “sapo”, “eso de encontrarse a solas huele a trampa”, “Ubencio no evitaría encontrarse con el grupo”. Sólo cuando El Indio quiere saber donde queda la “esquinita del placer”, Luís Antonio comprende que

nadie más que Ubencio puede ser el autor del mensaje. Fue él, quien bautizó ese lugar, antes de tomar el autobús que lo llevaría a Caracas en diciembre de 1969, después de haber sobrevivido ambos a aquel trágico accidente.

Ubicando el lugar en el tiempo actual, Luís Antonio explica que vendría siendo el extremo oeste del puente que conduce de Brasil a Guaraguao y debe su nombre a que en esa esquina estaba ubicada la casita de la vieja Natividad, donde un día llegó a vivir Lalita, quien se convertiría en la prostituta más cotizada de la ciudad en aquellos años.

Aquella noche, a solas en su habitación, Luís Antonio rememora el día que conoció a Lalita, el invento de la “cangrejera”, el plan para obtener dinero, la incorporación obligada de Ubencio, la necesaria traída de “carne fresca” desde la otra costa. Ríe al recordar, la expresión seria de Ubencio, cuando le planteó a Lalita que ellos se sacrificarían dándole el visto bueno a la mercancía, y la carcajada de ella como respuesta.

Habían sido los mejores tiempos de su vida. El sitio les sirvió de lugar de diversión, pero también de camuflaje para sus actividades subversivas. Luego vino el allanamiento, alguien los había delatado ante el jefe civil. Vuelve a sonreír, al rememorar las explicaciones de los maridos a sus esposas en la jefatura civil. Se salvaron de ser enviados a Guasina, terrible cárcel de la represión, gracias a Soraya, la única hija del juez Severiano Aristimuño, a la que Ubencio enamoraba desde hacía unos meses.

Seis meses después el 11 de septiembre de 1968, regresaban de celebrar el cumpleaños de Luís Antonio, cuando aquel carro negro que surgió de la nada los sacó de la carretera, lanzándolos al vacío. Soraya, “la catirita de las trencitas doradas”, y su prima Coromoto, “la morenaza de mis tormentos”, murieron instantáneamente. Ubencio sufrió cortaduras en todo el cuerpo al salir disparado por el vidrio delantero. Luís Antonio despertó tres días

después en el hospital, con siete costillas fracturadas y una profunda cortadura en la frente. Fue la última vez que celebró su cumpleaños. “No más 11 de septiembre en mi vida”, había sentenciado.

Ahora se encuentra sentado en un banco de piedras en el Paseo Rómulo Gallegos, frente al mar de sus primeros años; fumando, a la espera del pasado que vuelve. Ahí está nuevamente aquel extraño hormigueo que comienza en sus manos y luego le abarca todo el cuerpo, anunciando cambios en su vida.

El mismo cosquilleo que sintió aquella noche del 5 de febrero de 1992, allá en Caimancito en el estado Sucre, donde se hallaba “enconchado”, horas antes que llegara la noticia de la muerte de Mara, la madre de su hija, vilmente asesinada por la Disip en las afueras del Palacio de Miraflores.

El mismo que sintió mientras se bañaba, el 5 de marzo de 1989, en un apartamento que El Gordo les había facilitado como “concha” en Los Palos Grandes; momentos antes que El Indio los alertara a él y al Negro, sobre la traición del hasta entonces “gordo” y a partir de ese momento “sapo”, Miguel Rey. Ese día recibió la única herida de bala en todos sus años de combate, al regresar a auxiliar a Leticia, herida por la espalda al momento de saltar la pared del estacionamiento. Nunca olvidará su mirada, cuando antes de morir le expresó: “Kamarada, pongo en sus manos mi fusil”.

Una figura se acerca sacándolo de sus pensamientos. Luís Antonio observa un aire familiar en aquel hombre que lo saluda, llamándolo “carajito”. Sólo a lo interno de la “célula” se sabía el porque de ese apodo. Luís Antonio, asombrado ante la presencia del hermano tantas veces evocado, lo observa como si estuviese viendo al abuelo “del kamarada

indomable”. Ubencio luce acabado, no sólo físicamente, sino por la falta de brillo en sus ojos.

Superada la primera impresión se funden en un abrazo, las lágrimas que ambos habían reprimido durante años, brotan espontáneas, la gente pasa a su lado comentando y solidarizándose con aquellos dos hombres, aún sin conocerlos, pero presintiendo lo especial del momento.

Caminando por el paseo llegan a la pizzería. Después de ordenar 2 “sólo con anchoa y mucho queso” como en los viejos tiempos, Luís Antonio pasa reporte sobre los pasos de los viejos integrantes de la célula. El Indio sigue comandando e insistiendo en la formación como simiente de la transformación necesaria.

Luego, relata como El Indio lo había encontrado a finales de 1988, escondido en un viejo taller abandonado, en Cabruta, pequeña población en la ribera norte del Orinoco, durmiendo con el viejo morral de cabecera, después de lograr escapar de los tiros que el jefe de la policía le disparó, cuando lo sorprendió en la cama aconsejándole a la mujer, la noche anterior. Recuerda el peo que le formó por la marihuana en el morral.

De allí se lo había llevado para el 23 de enero, donde se encontraron con Daniel Carreño, siempre fiel al Indio e inmediatamente se incorporaron al trabajo de tratar de canalizar las protestas populares que se hacían cada día más intensas. El Negro de acuerdo a la orden del Indio acababa de sacar la “Ribas” y se inscribió en “Estudios Jurídicos”, “para enfrentar a tanto abogado ladrón que hay en este país”; El Loco hace 2 años que anda buscando su título de bachiller, pero eso quedó bajo el lodazal en la tragedia de La Guaira. A Leche fría, de quien nunca supieron el nombre, no lo habían invitado más, pues El Loco asegura: “ése está más loco que yo”, viendo conspiraciones de la CIA en todas partes. El Gordo se

convirtió en “sapo”, y sólo por la astucia y el arrojo del Indio lograron escapar de una delación suya aquella tarde del 5 de marzo del 89.

Ahora Luís Antonio calla, a la espera de las explicaciones de Ubencio, sobre esta visita después de tantos años. Ubencio lo invita a bajar hasta la playa, se sientan en la arena y le aclara que lo había buscado a solas, porque necesitaba al hermano y no al kamarada.

Se había marchado a Valencia en el 69, tras los pasos del Gordo, al enterarse que había sido el informante que le dio los datos a la Digepol del vehículo en que ellos andaban esa noche, y el sitio donde estaban. Se había convertido en algo personal hacerle justicia a Soraya y a Coromoto. Ahora que por fin lo había hecho, trataría de retomar su vida en el mismo sitio en que la había dejado 37 años atrás.

Le contó como después de tantos años de seguirle los pasos a Miguel, la oportunidad tantas veces malograda se le había presentado la semana anterior. Era sólo la segunda vez en tantos años que había podido ubicar con precisión un lugar donde darle caza, la vez anterior había sido en un apartamento en los Palos Grandes en 1989, pero la llegada de la Disip allanando un apartamento lo salvó.

Encontró al Gordo en la casa de una querida en Mariara, en el estado Carabobo. La mujer había salido a comprar al mercado, y El Gordo se despertó con una 9 m.m. en la frente; lo último que vio fue la cara de Ubencio. Luís Antonio se muestra sorprendido como una persona conocedora de toda la teoría revolucionaria, formador de cuadros políticos, excelente orador, puede convertirse de un día para otro en un soplón del enemigo, y entregar a sus kamaradas.

Ubencio señala que nunca fue un problema político, sino una venganza.



Repasando el día en que se conocieron, ambos recuerdan lo que pasó aquella tarde después del episodio con Kalimán. Habían bajado a la playa donde se encontraron con Miguel, quien era dos años mayor que Luís Antonio, y andaba paseando por la orilla con su novia universitaria. Ubencio promovió la pelea y Miguel llevó la peor parte. Nunca pensó Luís Antonio que aquella paliza propinada al Gordo marcaría para siempre su destino.

Luís Antonio no acepta, por absurda, que una simple pelea de muchachos haya sido la culpable de todos los percances en su vida. La revelación que escucha a continuación, le aclara las preguntas que le han atormentado a lo largo de su existencia. Ahora comprende: como se enteró el director del liceo de sus actividades en la Juventud Comunista; quien puso la marihuana en sus zapatos el día en que se escogía la selección de football del estado; quien denunció la casa de Lalita. También entendió que la culpa de las muertes de Mara, Leticia, Soraya y Coromoto, y que siempre encontraran sus “conchas”, era del “sapo” Miguel Rey.

Esa tarde después de la pelea, quedaron de verse en la noche; Luís Antonio caminó hasta su casa a lavarse y Ubencio preocupado por la suerte de Kalimán volvió al solar; pudo verlo saliendo por la otra entrada con un pedazo de adhesivo en la frente, y comentando con su hermano Lencho, que había acudido a auxiliarlo, que el “tierno” era mejor que la burrita Marisela.

Al fondo del solar, en un claro entre las matas de yaque, sentado sobre unos cartones, aún con los pantalones abajo, lloraba “el gordo” Miguel Rey, quien sintiéndose humillado por la paliza que Luís Antonio le había dado delante de su novia, fue a esconderse en el solar. Esa tarde Miguel Rey juró, que algún día cobraría venganza de Luís Antonio.